

toriografía alemana del siglo XIX, al tiempo que *Atenais* es analizada siempre en relación con el resto de la producción literaria e historiográfica del autor. No podía ser de otra manera, habida cuenta de que el profesor Molina es un especialista en la antigüedad tardía, así como un gran conocedor de la historiografía alemana decimonónica. Con todo, en nuestra opinión tal estudio debería haber sido publicado precediendo a la biografía escrita por Gregorovius, a modo de introducción y no de epílogo. En efecto, como lectura previa, el texto del profesor Molina habría servido para que los lectores desconocedores de Gregorovius se hubieran familiarizado con la obra y el pensamiento del erudito alemán, lo cual redundaría en una mejor comprensión de su *Atenais*.

En definitiva, nos hallamos ante un libro bien escrito y bien documentado, en el que Gregorovius ha sabido situar perfectamente a *Atenais* dentro de su contexto histórico, por lo que, por encima del habitual recurso a la anécdota, el autor se ha servido de la vida de la emperatriz bizantina para retratar el paso del mundo antiguo clásico al bizantino cristiano, y lo ha realizado de una manera equilibrada: la heroína y su época comparten protagonismo por igual y ninguno de los dos ensombrece al otro en ningún momento de la narración. Por tanto, nos parecen arbitrarias e injustificadas las acusaciones que se han vertido sobre Gregorovius, a quien en algún momento se le ha llegado a tachar de pseudohistoriador por su tendencia a establecer hipótesis no probadas, así como, especialmente, por el lenguaje literario del que hace gala este autor. Su lenguaje literario, tal vez común entre los historiadores decimonónicos, hoy día resulta extraño, e incluso es condenado por muchos investigadores que consideran incompatibles la calidad de la investigación y un cuidado estilo literario. Evidentemente, no compartimos esa opinión, sino que consideramos que una expresión correcta y esmerada resulta imprescindible para una apropiada exposición de los resultados de la investigación histórica.

Juan Antonio Jiménez Sánchez

UBACH, Bonaventura P., *Dietari d'un viatge per les regions de l'Iraq* (1922-1923), editado por P. Damià Roure, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2009, 196 p., ISBN: 978-84-9883-172-6.

Si el profano quisiera aproximarse a la riquísima cultura de la antigua Mesopotamia a través de su cultura material y sus testimonios escritos, el único lugar de la Península donde podría hacerlo con propiedad sería en el Museo de la Abadía de Montserrat. Las colecciones de Montserrat incluyen documentos administrativos y judiciales (principalmente neosumerios, pero también paleo- y neobabilónicos), textos literarios sumerios, inscripciones reales neobabilónicas, terracotas, bronce, el fragmento de un *kudurru* (estela de piedra

grabada), sellos cilindro y de estampilla, y cerámicas. Buena parte del material ha sido estudiado y publicado y las principales obras existentes en este momento son: *Tablillas Administrativas Neosumerias* (Molina, 1996) y *Tabulae Montserratinae* (Molina y Márquez, 1997). La colección sorprende por su carácter único en nuestro país; el que la contempla no puede sino preguntarse cómo es posible que tal cantidad de objetos haya llegado al monasterio. Es cierto que se trata de material comprado que no procede de excavaciones arqueológicas —con el riesgo que ello entraña de poseer algún que otro objeto de procedencia y autenticidad algo dudosas— pero se trata de una más que correcta colección museística. Y el mérito exclusivo de haber conseguido reunirla se debe a la persona de Bonaventura Ubach i Medir.

El libro aquí reseñado es un ameno diario de los viajes que Ubach realizara a Oriente entre 1922 y 1923, en el cual, y entre otras muchas cosas, se detallan las compras del material que posteriormente iría a parar al museo. El diario fue escrito con posterioridad al viaje, usando las notas tomadas durante el mismo y añadiendo mucha información complementaria. La edición del diario ha corrido a cargo del padre Damià Roure, de la Abadía de Montserrat, a quien hay que agradecer que haya puesto a nuestra disposición esta pequeña joya de la literatura de viajes.

El 2 de julio de 1922, el padre Bonaventura Ubach i Medir (1879-1960), un monje benedictino de la Abadía de Montserrat, que en aquel momento vivía en Roma, se embarcó en un vapor desde Brindisi para emprender el que sería su segundo viaje por Oriente Medio —ya había estado en Palestina, Jordania y el Líbano en la primera década del siglo— que duraría quince meses, desde el 30 de junio de 1922 al 4 de noviembre de 1923. Sobre la figura de Ubach y sus viajes a Oriente, es útil consultar Valdés (2005). En Oriente, Ubach erigió Bagdad en su centro de operaciones, desde donde realizaría desplazamientos puntuales a los lugares que deseaba visitar. Los objetivos del viaje eran fundamentalmente dos. Por un lado, Ubach se planteaba visitar los lugares bíblicos de Mesopotamia, así como los monumentos recientemente excavados, para poder mejorar sus conocimientos de las Sagradas Escrituras. Por otro lado, el autor pretendía adquirir cuantos objetos fuera posible para llenar las salas de Asiria y Babilonia del Museu Bíblic de Montserrat, que él mismo había fundado unos años antes. Además, Ubach pretendía profundizar en el estudio del folklore local, para poder comprender mejor algunos pasajes de la Biblia. Como orientalista y filólogo, el P. Bonaventura sentía una gran curiosidad por las lenguas semíticas, y aprovechó la oportunidad del viaje para mejorar sus conocimientos de siríaco —ya que entre las lenguas que impartía en el colegio San Anselmo de Roma se contaba esta variante del arameo—, así como familiarizarse todo lo posible con la liturgia oriental. Ubach pasó más de medio año en Bagdad, desde donde visitó las ruinas de Babilonia, excavadas por Koldewey unos años antes, y los yacimientos de Ur y Aqar Quf. También realizó viajes a Basra y al sur de Irak, en ocasiones ayudado por los beduinos del desierto. En 1923 se dirigió a Mosul y Nínive, viajando por el Kurdistán. Más de trescientas fotos inéditas, tomadas por el autor (que resulta ser un magnífico fotógrafo), ilustran el libro, así como mapas, postales y documentos de todo tipo. Entre las fotos destacan unos detalles magníficos de

los adobes del zigurat de Aqar Quf, retratos de sir Leonard Woolley (el nombre está mal escrito en algún pie de foto, como en p. 103) y del yacimiento de Ur, de la puerta de Ishtar en Babilonia, el arco de Ctesifonte o de los toros alados de Nimrud.

El libro ha sido dividido por su editor en una serie de capítulos ordenados cronológicamente, a través de los cuales podemos seguir la odisea de Ubach: «De Roma a Aleppo», «Qaryatein», «De Aleppo a Bagdad», «Bagdad», «A Babilonia, Kiffel, Ur y Borsippa», «A Bagdad», «A Susa, Basra, Persia», «Viaje a Asiria», «A Bagdad», «A Aleppo», «Galilea y Jerusalén» y «De El Cairo a Roma».

Para realizar el viaje, Ubach recibió permiso para pasar al rito siríaco durante su estancia en Oriente, así como la bendición del papa Pío XI. Sobre los preparativos, el autor comenta al principio de su diario (p. 23): «No cal dir com em sento emocionat, i disposat a afrontar amb coratge les possibles dificultats en la realització dels meus plans». Esta frase, toda una declaración de principios, resume mejor que nada la que sería la actitud del padre Bonaventura durante su estancia: ingenuidad, ilusión, curiosidad, entrega a los estudios y a las investigaciones, y una gran dosis de valentía y sentido del humor. Ubach aparece como una persona profundamente respetuosa y tolerante con Oriente, sus culturas y lenguas. El comentario acerca de su estado de ánimo al desembarcar en Alejandría (pp. 25 ss.) es bastante elocuente: «Em sento feliç de trobar-me dins el meu element: en llenga, tipus, folklore, en la terra i sota el sol esplèndid d'orient, i respirant arreu una dolça poesia desconeguda en qualsevol regió d'occident». Ubach no juzga nunca las costumbres ajenas, ni emite juicios de valor sobre los ritos de las otras religiones. Son frecuentes las referencias a la Biblia, no sólo en aspectos geográficos, sino también en sus observaciones etnográficas, demostrando ser un testigo agudo de todo lo que se presentaba ante sus ojos. El padre Bonaventura no duda en viajar a caballo si es necesario y demuestra estar en espléndida forma física, realizando escaladas en regiones topográficamente complejas, como el Kurdistán (p. 163).

El libro tiene pasajes francamente divertidos, como el rocambolesco viaje de Alepo a Bagdad en un decrepito Ford que se averiaba con pasmosa regularidad, para cuyo alquiler el pobre monje ha de firmar un complicadísimo contrato de alquiler (pp. 40 ss.) que él mismo traduce en su diario. En lugar de lamentar los veinticinco días de agotador viaje, en el que no faltaron el hambre, el vagar sin rumbo por el desierto y varias ruedas pinchadas, Ubach describe el paisaje y a sus compañeros de viaje, y aprovecha para tomar fotografías.

Destaca en el diario el capítulo dedicado a las impresiones que produce en el viajero la ciudad de Bagdad; advierte Ubach del peligro de visitar estos lugares con los prejuicios que libros como *Las mil y una noches* pueden crear en la mente del que se acerca al Oriente moderno. Como Volney en *Las ruinas de Palmira*, la contemplación de la ciudad moderna evoca en Ubach la nostalgia de los imperios y riquezas pasadas. De todas maneras, no niega que Bagdad haya tomado el testigo de Babilonia, Seleucia y Ctesifonte como la ciudad más importante de Mesopotamia y destaca la situación estratégica de la capital en la ruta de comunicaciones de Asia. Ubach callejea: «M'endinso per un de tants carrers estrets encaixat entre dos murs molt alts...» (p. 63), y descubre detalles de la ciudad. Una descripción

especial merecen los edificios religiosos cristianos, como la iglesia de la Virgen de la Salud, así como la vida de los judíos de Bagdad (p. 60), en los que Ubach reconoce la base de la economía de la ciudad. A continuación comenta fiestas y ceremonias, la llegada de una barcaza del tipo *kelek*, que describe con precisión, y su contacto con la población de Bagdad. Ubach se extiende en la descripción de Kiffel, lugar de la tumba del profeta Ezequiel, y realiza espléndidas fotografías del monumento. Ubach traba amistad con el arzobispo sirio-católico de Bagdad, monseñor Anastasio Dallal, que será un cicerone de lujo para el monje. En noviembre de 1922, estando Ubach en Bagdad, es recibido por el rey Faisal, pues aprovechó una de las visitas que A. Dallal realizaba al monarca para unirse a la comitiva. Ubach intercambió algunas palabras con el rey y le pidió que, cual estrella de cine, le firmara un retrato suyo que el monje traía consigo (p. 76).

Pese a su formación, Ubach no es sólo un biblista, sino que también resulta ser un buen conocedor de la asiriología y la arqueología oriental, y aunque en ocasiones confunde templos y zigurats, como en el caso de Borsippa (p. 100), o divinidades, como le ocurre con el dios Nanna-Sîn de Ur (p. 103), en general está muy al día de las últimas publicaciones y estudios sobre Oriente. Ubach conocía el acadio, o por lo menos las publicaciones en acadio, e incluso se atreve a dejarnos la traducción de uno de los ladrillos fundacionales de Nabucodonosor II (605-562 a.C.) en Borsippa, y demuestra ser crítico en su evaluación de las inscripciones reales neobabilónicas, pues con mucho atino tilda al famoso rey babilonio de «fanfarrón».

No faltan tampoco en su obra menciones a viajeros pasados, como Benjamín de Tudela, lo cual demuestra que Ubach conocía estas obras y las había leído. Sobre el interesante viaje de B. de Tudela, el lector puede consultar Magdalena (2005) y, para obtener una visión general de los viajeros europeos en Oriente, convendría mencionar el artículo de Montero (2008). La revista *Arbor* dedicó hace un tiempo un volumen sobre viajeros de la península Ibérica a Oriente a través del tiempo (AA.VV., 2005).

En su segunda estancia en Bagdad (pp. 111 ss.), Ubach se dedica a comprar algunos de los objetos para el museo, nos informa de la adquisición del *kudurru* y de diversas tablillas y conos fundacionales, jactándose de ser un buen negociante y conseguir buenos precios. El *kudurru*, una de las piezas más interesantes de la colección, fue publicado hace unos años por Márquez y Wunsch (1997).

Mención especial merecen sus observaciones sobre sectas y ritos orientales, tanto paganos como cristianos o musulmanes; así, dedica unas líneas a los subba (mandeos) (p. 107), a los yazidis (p. 162) y también a los chiítas (pp. 115 ss.) —cuyos lugares santos (Kerbala y Nayaf) visita y fotografía— y sus costumbres, tan diferentes de las de los suníes, la rama del islam imperante en Irak.

Desde Bagdad organiza posteriormente un viaje al sur (Basra) para proceder desde allí a Persia, pero no le es posible llegar a Susiana y sus proyectos de visitar la ciudad de Susa quedan trastocados. Ubach deseaba poder visitar la tumba del profeta Daniel, pero no consigue un automóvil en Nasiriyah, pues todos estaban estropeados. Parece que los problemas con los vehículos son una constante en el viaje del pobre monje. «Doncs hi

aniré dalt de cavall» (p. 134) responde intrépido al jeque Gazal de Ahuad, pero éste le hace desistir alegando que el viaje sería peligroso por el calor y los problemas con las tribus de la zona. Como se trata de un hombre enérgico que no se amedrenta ante los problemas, decide finalmente intentar pasar a Irán desde el Kurdistán, por lo que se dirige a Asiria. Visita Arbil, Kirkuk, Mossul... con su cámara al hombro y realiza numerosas fotografías de iglesias y otros monumentos cristianos, como el increíble monasterio de Mar Matta. También se dirige a Nimrud y visita las ruinas asirias, de las cuales nos deja una magnífica foto de un genio alado (p. 155). Concluye su viaje por el norte sin poder pasar a Persia, pero visitando Nínive, sobre la cual escribe (p. 168): «No vull pas deixar Mossul, sense haver abans fet una passejada fins al lloc de l'antiga i bíblica Nínive [...]. Avui hom hi pot anar per la petita vanitat de poder un dia dir d'haver-hi estat. De la immensa metròpoli, part de la qual porta actualment el nom de Koyemdik [Kuyunyik], on un dia s'aixecaren els sumptuosos palaus dels successors de Sargon II [...], avui no apareix més que un cert nombre de tossalets desolats i estèrils coberts per l'arena.»

A partir de finales de mayo de 1923, Ubach se encuentra de nuevo en Bagdad con la ciudad inundada por el desbordamiento del Tigris. Continúa con las adquisiciones de materiales y organiza su envío a Port Said, pagando por el porte 13 esterlinas (p. 169). Regresa a Europa a través de Siria, aprovechando para visitar y fotografiar las ruinas de Karquemish (pp. 176 ss.). Después baja hacia Galilea y permanece un mes en Jerusalén, donde realiza las últimas compras de objetos (p. 180). A continuación se dirige a El Cairo por tren a través del istmo de Al-Qantara. En El Cairo visita el museo arqueológico y compra allí algunas piezas egipcias, elegidas por él con el beneplácito del director (p. 181), las últimas para completar la colección que se propuso reunir para el museo. Desde Port Said tomará un barco a Marsella y de allí, previa visita a Montserrat, donde debe permanecer dos semanas esperando las cajas, regresa finalmente a Roma el 4 de noviembre de 1923.

La conclusión que saca el lector del diario es que, en muchos aspectos, Oriente no ha cambiado tanto. Aunque hoy en día podamos estar en Alepo en cuestión de horas, y no de semanas como en 1922, Oriente nos sorprende igual que sorprendiera a Ubach en su tiempo. La visión de Ubach es fresca, erudita y profundamente humana. El bagaje intelectual del monje no es un obstáculo para una percepción bastante objetiva y ecuánime de la realidad que se presenta ante sus ojos.

En fin, que la lectura del libro es muy entretenida, si bien hubiera sido deseable que la edición incluyera un índice temático, pues su ausencia hace muy difícil buscar referencias a lugares, personas o pueblos. Las maravillosas imágenes tampoco tienen índice y hay que buscarlas página a página; además, algunas tienen erratas o errores en los pies de foto. Se echa mucho de menos alguna nota al pie explicativa, pues el libro trata tantos temas diversos que el lector medio necesita consultar en más de una ocasión la enciclopedia. En este sentido, un glosario de términos y otro de palabras en árabe tampoco hubiera estado de más. También hubiera sido de ayuda publicar un mapa del itinerario, pues Ubach es un viajero incansable y sus movimientos son contantes. Por último, muchas de las dificultades que encuentra el viajero se deben a los problemas, locales e internacionales, de la zona,

por lo que hubiera sido útil un breve comentario sobre la situación política de Oriente medio en aquellos años, con algunas referencias al mandato británico y el establecimiento de la monarquía hachemí. El lector interesado puede consultar la obra de Sluglett (2007). En resumen, el diario es maravilloso, pero la edición no está a la altura del manuscrito. Es de lamentar esta carencia, que impide en cierta manera el disfrute completo de una lectura que es a la vez amena y erudita, divertida e instructiva.

Rocío da Riva

Bibliografía

- AA.VV., 2005, *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura* 180 (n.º 711-712).
- MAGDALENA, R., 2005, Testimonios arqueológicos del Oriente Próximo reflejados en el *Séfer-Masa`ot* de Benjamín de Tudela (Siria-Palestina, Mesopotamia y Egipto), *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura* 180 (n.º 711-712), 465-488.
- MÁRQUEZ, I. y WUNSCH, C., 1997, The Kudurru Fragment of the Montserrat Museum, *Aula Orientalis* 15, 195-200.
- MOLINA, M., 1996, *Tablillas Administrativas Neosumerias de la Abadía de Montserrat*, Aula Orientalis. Supplementa 11, Editorial AUSA, Sabadell.
- MOLINA, M. y MÁRQUEZ, I. (eds.), 1997, *Tabulae Montserratinae. Estudios de catalogación del Museo de Montserrat (Barcelona) dedicados al P. G. Camps con ocasión de su 80 aniversario*, Aula Orientalis 15, Editorial AUSA, Sabadell.
- MONTERO, J., 2008, La Torre de Babel, Heródoto y los primeros viajeros europeos por tierras mesopotámicas, *Historiae* 5, 27-50.
- SLUGLETT, P., 2007, *Britain in Iraq: Contriving King and Country, 1914-1932*, Columbia University Press, Nueva York.
- VALDÉS, C., 2005, El reverendo padre Bonaventura Ubach, peregrino en Tierra Santa: el monje y su obra, *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura* 180 (n.º 711-712), 893-911.

CASANOVAS i MIRÓ, Jordi, *El Museu de l'Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona. Dades per a una història*, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 2010, 211 p., láms. b/n, ISBN: 978-84-933284-3-6.

El dos de noviembre de 1935 se inauguró el Museo Arqueológico de Barcelona, sito en el antiguo edificio del Palacio de las Artes Gráficas construido para la Exposición Universal de 1929. Era el resultado de una ardua trayectoria iniciada por Pere Bosch Gimpera en 1916 por la que intentaba aplicar en Cataluña el esquema tripartito de protección del patri-